

Guillermo Bustamante*

Epistemología de la evaluación**

Aunque parezca que los sucesos de moda nos precipitan a pensar sobre evaluación, ella no es ajena al campo abierto por Freud: mientras el psicoanálisis se ocupa del sujeto forcluido por la ciencia, la evaluación es uno de los mecanismos para forcluírlo: sirvió para implementar el programa durkheimiano de endurecer los hechos sociales con el fin de poder tratarlos científicamente, pues para tal paradigma no es posible hacer ciencia de lo subjetivo y de lo inestable de un mundo donde nada equivale a otra cosa. La equivalencia, entonces, ha sido la herramienta para que las “ciencias sociales” (y, con ellas, la psicología) pasen de prescribir a describir; para que conviertan los casos en *ejemplos* de las clases, tal como ocurre en las “ciencias naturales”.

Las transformaciones de la estadística muestran lo que se viene gestando: en el S. XVIII era una actividad administrativa que describía el Estado en términos literarios y, *eventualmente*, numéricos. En el S. XIX, describía el Estado, *por medio de términos numéricos*; es decir, se desprende de su parte “literaria”. Y, en el S. XX, será un conjunto de *técnicas matemáticas para el análisis numérico de cualquier clase de datos*, o sea, aparentemente separada de su vocación “literaria” y también de su originaria relación con el Estado, que todavía porta en su significante.

De la *equitatividad* se pasa a la *equivalencia*: los Estados-nación requerían unificar mercados, tener una lengua nacional y una educación nacional. La equitatividad, que rechaza la búsqueda de soluciones locales, demandaba censos nacionales. La equivalencia la pondrán las ciencias sociales y la estadística. J.-C. Milner ubica el dinero como equivalente universal desde el S. XII; pero hay que esperar a la época de la ciencia para comparar los objetos, para que la parte pueda sustituir al todo: una *muestra* permitirá una aproximación al universo en cuestión. Así, mientras en las “monografías” estadísticas del S. XVIII era impensable la representatividad, en la situación actual no se discute por parecer obvia, ya que la moderna estadística solucionó la pregunta –que ella misma se inventó– por la *representatividad*.

Al campo del psicoanálisis y al de la evaluación les llega una demanda: “¡evalúeme!”. Y así como –según J.-A. Miller– la verdadera operación de la evaluación es lograr que el individuo solicite ser visitado por los evaluadores, que consienta la evaluación, en el psicoanálisis también esperamos que haya una demanda propia del sujeto; y, si no la hay, obramos para que se produzca –si es posible. Así como en la auto-evaluación institucional, en el psicoanálisis el sujeto de entrada pide que le digamos a qué clase pertenece su caso, que lo diagnostiquemos. Pero podemos hacer una diferencia: el individuo de la evaluación es –como dice Miller– un ser indeterminado, único, desconocido: S.

Por su parte, el del psicoanálisis podemos definirlo como dividido por un goce que a la entrada está entre paréntesis: $(a \rightarrow) \$$. Así, en ambos casos hay *heterogeneidad*; pero cada campo tomará este *input* y lo procesará, de acuerdo con la naturaleza de su dispositivo: en el caso de la evaluación, el operador es el *poder de clasificación*. En el caso del psicoanálisis, el operador es el *deseo del analista*.

1. Clasificar es una operación basada en la idea de trascender las contingencias individuales o coyunturales, para comparar eventos casuales o sensaciones repetidas, mediante la codificación, es decir, la construcción de cosas más generales (características de grupo o de época). En otras palabras, producir una equivalencia entre

objetos diversos, bajo la consideración de que la clase es más general que cualquiera de los objetos particulares que incluye. Precondición para ello es asumir que esos objetos pueden compararse. En tanto decisión *convencional*, no interesa si los objetos realmente equivalen, sino quién decide tratarlos así y con qué fines. Entonces, no es que se usen números para expresar cosas más allá de las convenciones que las establecen –ante lo cual el asunto se reduciría al método para reunir información, a las técnicas para su tratamiento. Más bien los hechos se *construyen* (no sería la realidad del positivismo), gracias a lo cual poseen existencia (no sería un relativismo a ultranza). Se aprecia que son contruidos a raíz del cambio que los sistemas de nomenclatura –usados en los censos– sufren con el paso del tiempo..., lo cual no ha impedido que se hagan comparaciones que, teóricamente, estarían vetadas.

Puede decirse, entonces, que la estadística describe/produce cosas que se hacen sólidas y se sostienen entre sí, generales y permanentes, que puedan actuar y sobre las que se pueda actuar (las taxonomías de los estadísticos crean categorías mediante las que se conceden títulos de representación social).

El *output* de este dispositivo de evaluación es –como señala Miller– un ser medido, marcado, estampillado y, al mismo tiempo, lavado de sus faltas; se trata de un bautismo burocrático, del pasaje de la naturaleza a la cultura. El dispositivo de evaluación toma heterogeneidad y la convierte en homogeneidad, mediante el operador del poder de clasificación. El sujeto está dividido, pero en el sentido de su inscripción en el lenguaje, subordinado a lo que los significantes puedan decir de él:

$S_1 \rightarrow S_2$
\$

La operación supone que los *partenaires* son iguales; es decir, se da bajo la égida del contrato, en el que todo está acordado y lo que no se prohíbe explícitamente no está permitido. De tal manera, se presupone que la operación no produce restos...; por ello, todo el dispositivo se erige en nombre de la *eficacia*. La evaluación se presenta como desprovista de saber: “Mi método convertirá tu saber no reflexivo y espontáneo, en algo cifrado, comparable, digno de acceder al lugar del gran Otro”. Pero, realmente, la evaluación entra intimidando: siembra pánico, toca asuntos sensibles para “la sociedad”, y luego se ofrece como salvadora, lo que revela que su no-saber es una impostura.

La operación de la evaluación inventa un otro consistente (A), amparada en el lenguaje de la ciencia, que funciona como signifiante amo. Se obra bajo la premisa de la existencia de un problema que ha de ser solucionado, mediante la sustitución de la parte “mala” por otra buena: no hay resto, el conjunto se preserva. 2. Por su parte, el deseo del analista es un operador que también actúa sobre heterogeneidad. Incluso también inserta los casos en las clases: neurosis, psicosis, perversión. Pero la operación no queda ahí, pues busca producir un aislamiento radical de la heterogeneidad. El *output* es una heterogeneidad “purificada”.

El sujeto está dividido, pero por la acción del resto que, en este dispositivo, sí cuenta en el funcionamiento ($a \rightarrow \$$); se opera bajo la égida de la ley (no bajo la del contrato): los *partenaires* no son iguales, y el silencio funciona, en tanto que lo no prohibido está permitido. La idea del “problema” aquí es estructural: no se trata de reemplazarlo por otra cosa, operación en la que no quedaría resto, sino de *no resolverlo* –como dice Miller–: la

solución es la no-solución, el callejón sin salida, pero asumido, consentido. Aquí no hay salvadores ante un pánico creado, sino ética ante un hecho estructural. Hacer eficaz a un sujeto sería quitarle el síntoma y permitirle “adaptarse”, es decir, borrarse bajo los significantes amos.

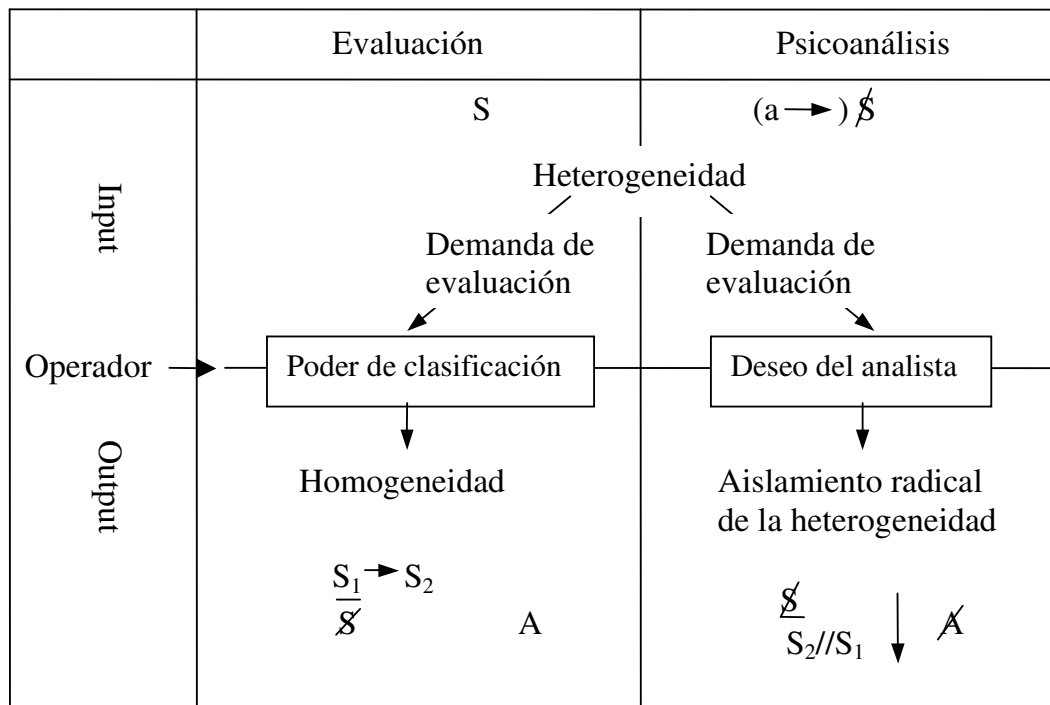
El operador del dispositivo analítico produce la inconsistencia del Otro (\mathcal{A}), por la vía de no permitir el nexo entre S_1 y S_2 , que en el otro dispositivo es el bla-bla de los resultados de la evaluación que finalmente poco valen, pues lo que realmente importa es el lazo que se produce, la celebración de un poder. En el dispositivo analítico, si el operador es el deseo del analista, no se eterniza el reenvío de los significantes, y hay un poco de saber en posición de verdad para el sujeto; por su parte, el saber del analista obra en reserva, para preservar la particularidad:

$$a \rightarrow \$$$
$$\overline{S_2} // \overline{S_1}$$

Ambos dispositivos parten de idéntica demanda, pero mientras la evaluación divide al sujeto mediante la identificación simbólica, haciendo existir al Otro; el psicoanálisis divide al sujeto mediante la explicitación de su propio goce (que a la entrada pusimos entre paréntesis), haciendo inconsistir al Otro.

De otro lado, los dos dispositivos se transmiten mediante una transmutación, una iniciación: en el primer caso, se dice: “Una vez que usted haya sido evaluado, evaluará a otros”. En el segundo caso, se dice: “un analista es alguien que ha pasado por un análisis”. Pero hay que hacer unas salvedades: en la evaluación, se acepta ser evaluado, se acepta la aplicación del aparato pseudo-científico, supuestamente capaz de clasificar al individuo de manera justa y, entonces, el nuevo sujeto se autoriza en el Otro para seguir evaluando. En el dispositivo analítico, el sujeto sale expulsado de cualquier clasificación posible y la única autorización le vendrá solamente de su posición, sin poderla fundamentar en un Otro del saber.

No somos ajenos a la evaluación cuando, por ejemplo, hacemos una mirada retrospectiva y pensamos sobre los *efectos de formación*; cuando resolvemos que nuestro análisis ha terminado y nos disponemos a dar cuenta ante un Otro; cuando una comunidad de trabajo tiene un acuerdo sobre qué es un final de análisis. En todos estos casos, hay Otro, hay clasificación, hay juicio. Pero, a diferencia del dispositivo de evaluación, en nuestro caso hacemos existir al Otro temporalmente, para preservar el dispositivo que aísla radicalmente la heterogeneidad.



Bibliografía

Intervenciones de Jacques-Alain Miller y de Jean-Claude Milner en el curso “La orientación lacaniana”. En: *Psicoanálisis y política*. EOL-Grama, 2004.

DESROSIÈRES, Alain. «¿Cómo fabricar cosas que se sostienen entre sí? Las ciencias sociales, la estadística y el Estado». En: *Archipiélago* No 20. Barcelona, 1995.ç

*Guillermo Bustamante (Relator), Lizbeth Ahumada, Eduardo Alvarado, María Solita Quijano.

**Trabajo presentado en el II Encuentro Americano del Campo Freudiano, en Buenos Aires, agosto del 2005.